

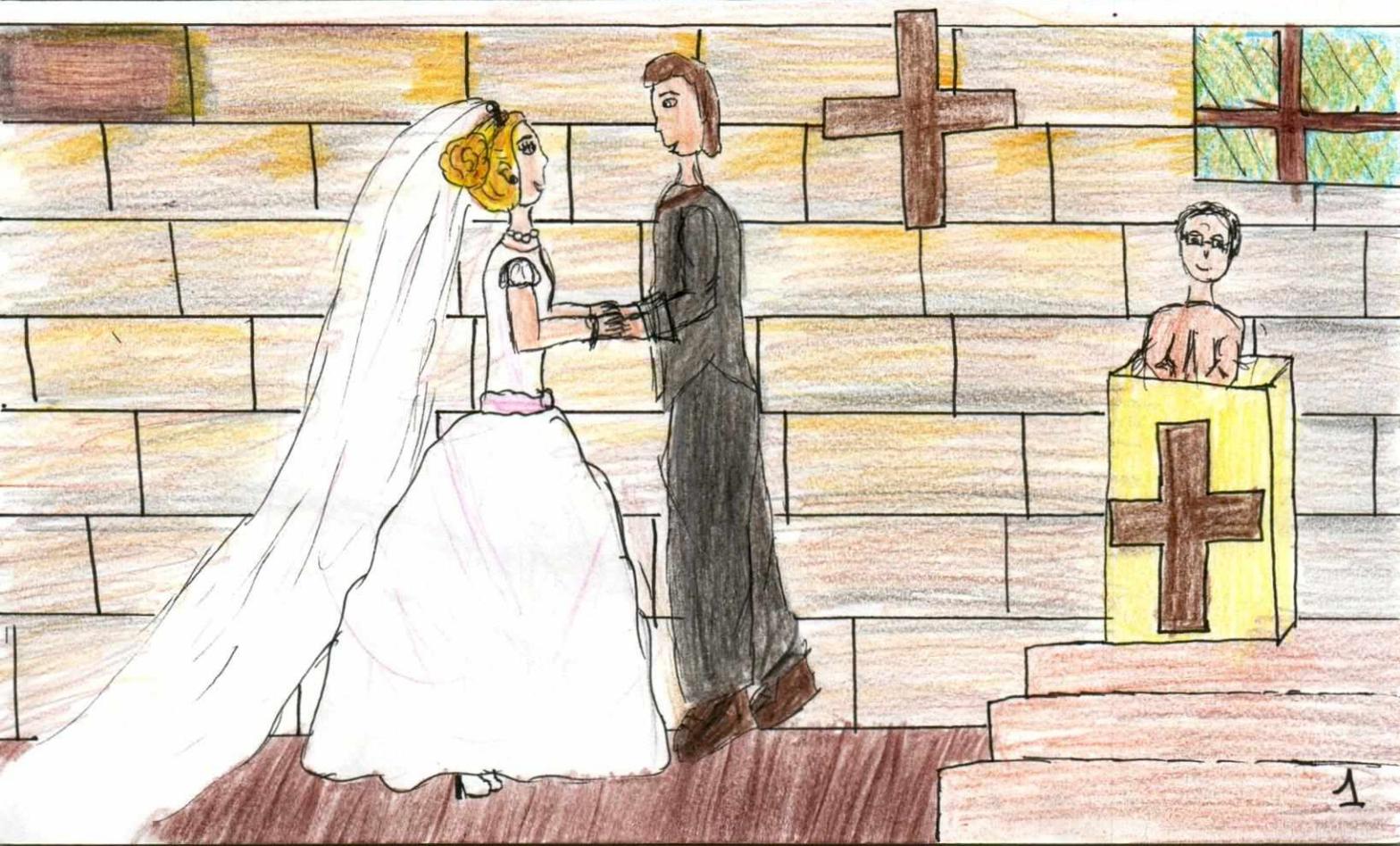
# TODA UNA VIDA

Mi abuela y sus hermanos vivían en un pequeño pueblo. Mi abuela, desde pequeña trabajaba en casa, cocinaba y limpiaba ella sola, ya que no tenían madre. Sus hermanos, Jaime y Manuel eran ganaderos. Siempre han estado en el campo, rodeados de vacas y pendientes de todo.



Fueron creciendo y mi abuela, Inés, conoció a Ángel, mi abuelo. Tras un tiempo de novios se casaron y se fueron a vivir al pueblo de mi abuelo.

Manuel también se casó, con una chica llamada Antonia, de un pueblo cercano al suyo.



Mis abuelos tuvieron cuatro hijos: Emilio, Ángel, Agustín (mi padre), e Inés. Los cuatro, tenían mucha relación con sus tíos, Antonia y Manuel, Y con Jaime, que vivía con ellos dos. Los tres chicos ayudaban en el campo a sus tíos y a mi abuelo. E Inés estaba en casa con mi abuela. Los veranos se los pasaban en casa de sus tíos. Todos trabajaban mucho en el campo.

Cuando crecieron, Ángel e Inés se fueron a la universidad de Salamanca mientras que Emilio y mi padre se quedaron en el pueblo, ya que mi abuelo se puso malo y tenían que ayudarlo con las vacas.

Un día que mi padre fue a Salamanca, conoció a mi madre y se enamoraron. Se casaron y me tuvieron a mí. Desde pequeña me ha gustado ir al pueblo. Allí, veía a los abuelos y ayudaba a mi abuela con el huerto, también iba a las vaca con mi padre y a ver a los tíos, donde siempre me daban algún regalo y les acompañaba al corral a ver a las gallinas y demás.

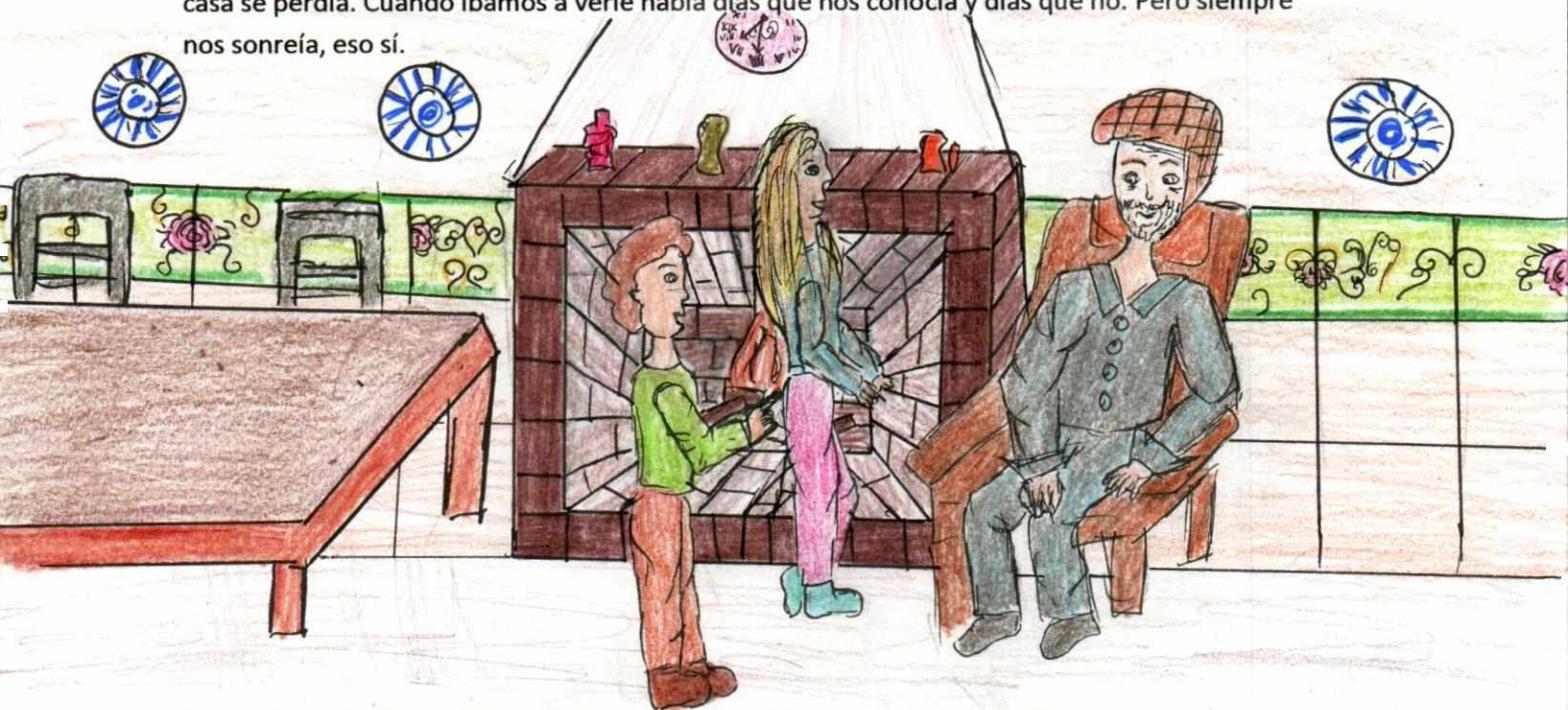


Unos años después nació mi hermano, Álvaro. A Álvaro también le encantaba ir al pueblo, así que los dos nos íbamos con mi padre a ver a los abuelos y a casa de los tíos.

Pasaron los años y un día mi abuela se puso enferma y la tuvieron que llevar a Salamanca. Mi abuelo tampoco estaba muy bien, así que se compraron un piso en Salamanca con mi tío Emilio para cuidarles y no volvieron al pueblo desde entonces. Cada mañana mi tío y mi padre se iban al pueblo y volvían por la noche, Álvaro y yo les acompañábamos siempre que podíamos. Casi todos los días íbamos a casa de nuestros tíos abuelos, pero Jaime estaba raro. Apenas hablaba ni comía, estaba dormido la mayor parte del tiempo, así que decidieron llevarlo a una residencia. Íbamos mucho a verle pero él nunca nos decía nada. La enfermera nos dijo que tenía una enfermedad llamada Alzheimer. Pasó el tiempo y Jaime murió.

Álvaro y yo seguimos creciendo y nos seguía gustando mucho ir al pueblo, aunque allí ya no estuvieran los abuelos. Íbamos a casa de los tíos. Manuel no era el mismo desde la muerte de su hermano, estaba un poco ausente, pero nada importante. Los tíos nos hablaban mucho. Nos preguntaban por los estudios y los amigos. Poco a poco, Manuel iba perdiendo la noción de todo y se iba encerrando en sí mismo.

Al principio, el tío preguntaba lo mismo muchas veces pero a medida que pasaban los meses, Manuel cada vez recordaba menos cosas. Ya no podía coger el coche, ni siquiera ir a comprar. Y pasaba el tiempo. Antonia, su mujer, tuvo que esconder las llaves de casa porque si salía de casa se perdía. Cuando íbamos a verle había días que nos conocía y días que no. Pero siempre nos sonreía, eso sí.



Meses después, Manuel no quería comer, estaba siempre muy parado. A veces se ponía agresivo con la tía. Le decía que se fuera, que esa no era su casa, y cosas por el estilo, cuando nunca antes le había faltado el respeto.

Mi padre y mis tíos le decían a Antonia que por qué no iban a una residencia o contrataban a alguien para que les cuidara, pero ella se negaba, decía que sola se las apañaba, pero no era así. Antonia caminaba fatal y se lo tenía que hacer todo a Manuel.

Un día, el tío cayó muy enfermo y tuvo que llevarle la ambulancia hasta el hospital de Salamanca, donde lo ingresaron. Los médicos decían que estaba muy mal, tenía desnutrición, problemas en los riñones y no podía respirar por sí solo. Todo este deterioro fue a causa del Alzheimer.

Por fin, la tía cedió a irse a una residencia, pero eso sería cuando Manuel saliera del hospital.

Cuando le dieron el alta, los llevaron a una residencia. Tenían una habitación para los dos, con una cama para cada uno. El tío estaba todo el día tumbado y conectado a una máquina para respirar.

Los días pasaban y la situación no hacía más que empeorar. A finales de verano, Manuel murió, dejando a Antonia como nunca la había visto. Al menos tenía el apoyo de su hermana, que también estaba en aquella residencia.

Al día siguiente mi hermano y yo fuimos al entierro con mi padre y mis tíos. Al llegar al tanatorio, lo primero que vimos fue a Antonia y a su hermana en unas sillas llorando. Aquello estaba lleno de gente dándoles el pésame. Un rato después, fuimos todos a la iglesia y al finalizar la misa, nos dirigimos al cementerio. Fue muy duro ver como enterraban al tío, sobre

todo para la tía. Cuando todo acabó llevamos a Antonia y a su hermana de vuelta a la residencia .



No le dijimos nada de esto a mi abuela porque lo único que íbamos a hacer iba a ser ponerla nerviosa y que empezara a llorar, aunque luego se le olvidara todo, ya que sufría la misma enfermedad por la que murieron sus hermanos: Alzheimer. Pero ella allí está, siempre que vamos a su casa nos sonríe y nos recibe muy contenta. A veces nos conoce y a veces no, pero la sonrisa nunca le falta. Mi abuela estuvo a punto de morir en el hospital pero al darle el alta y volver a casa, se recuperó bastante bien. Aunque apenas se dé cuenta de nada y no se pueda mover sola, allí está junto con mi abuelo y mi tío Emilio.

Los tres hermanos con Alzheimer, dos de ellos ya muertos.

Es increíble lo que hace esta horrible enfermedad degenerativa.

Mi abuela y sus hermanos eran personas que estaban pendientes de que todo estuviera bien, siempre trabajando y muy queridas por el pueblo y todo acabó por culpa del Alzheimer. Todo el esfuerzo que han hecho en la vida, todo lo que han conseguido y a todas las personas que dejan atrás.

Todo por el Alzheimer.